BENDICIONES Y MALDICIONES

Otra historia real, por Jim White

Crecí allí abajo en el Sur, con un buen corazón y una mala cabeza, intentando con todas mis fuerzas hacer lo correcto pero al final arruinándolo todo siempre. Llegó un determinado punto allá en mis veinte años, cuando la vida se había vuelto demasiado complicada para mí en el pequeño pueblo donde había nacido, con todas mis experiencias con la Iglesia a cuestas, y mi pasado drogota y todo ese montón de diferentes expectativas que la gente había depositado en mí, en que me harté, empaqué mi coche y tomé rumbo a Nueva York. Creo que pensaba, y no me faltaba razón, que haría mejor invirtiendo el proceso –estropearlo todo desde el principio directamente y no esperar a que sucediese; al menos de ese modo encontraría cierta justificación para la constante, insidiosa sensación de mala suerte que devoraba mi espíritu, día y noche, noche y día, desde que los primeros pensamientos aparecieron en mi mente como nubes negras anunciando una endemoniada tormenta.

De un modo u otro acabé en el Lower East Side, en Alphabet City, que entonces era poco menos que el desagüe de la ciudad, no como ahora, tan guay y moderno. Encontré un lugar allí, en una habitación del tamaño aproximado de una moneda de diez centavos junto a la de un frágil vejete

de cien años conocido como Smolynsky. Una o dos veces por semana Smolynsky emergía del oscuro corredor y se acercaba a golpear a mi puerta con sus gafas de culo de vaso y su rostro hirsuto, esquelético, preguntándome dulcemente si podía hacer esto o aquello por él, lo cual yo siempre terminaba haciendo. Mantequilla de la tienda de la esquina. Puntas de goma para sus muletas de la farmacia. Esa clase de cosas. Ya llevaba instalado allí unos seis meses cuando esta historia que estoy a punto de contarte ocurrió. Fue el 9 de marzo de 1989. Recuerdo exactamente la fecha porque era mi cumpleaños.

Tratando de ser fiel a mi promesa de cagarla desde el principio había tomado un empleo como taxista, lo que acabó significando catorce horas con el culo roto y los nudillos blancos, atrapado en ese caos circulatorio apropiadamente conocido como “cementerio rodante”. Había sido una noche miserable y vana en mi intento de encontrar algún pasajero, con toda aquella recesión económica pegando fuerte, así que pasé la mayor parte del tiempo quemando gasolina, y de paso mi limitada reserva de paciencia, dando vueltas con el coche vacío, llevando solo a algún ocasional ejecutivo a borde del suicidio a su apartamento en Park Avenue que es donde vive la gente guapa.

El tono de la noche tomó un giro dramático con el último pasajero, eso lo tuve claro en cuanto lo vi. Sus aspavientos gritaban que no me iba a traer más que problemas : un vacilón del gueto de cien kilos, de seguro que con algún diente de oro en la boca. Subió al coche y como cosa hecha anunció que ya lo estaba llevando a un bloque de viviendas subvencionadas que había al final de la parte sur de Coney Island. Era sobre las tres de la mañana y por supuesto Coney Island, incluso a plena luz del día, no es una

tontería en términos de criminalidad y asesinato. Así que como supondrás me asusté un poco, pensando que quizá acabaría recibiendo un prematuro regalo de cumpleaños en la forma de bala en la nuca, como le había pasado a un taxista colega mío unos meses antes.

En ese punto de la historia de mi vida, la verdad sea dicha, me sentía bastante mal y francamente no me importaba demasiado si me mataban o continuaba viviendo, así que acepté de todas formas. Su nombre era, bueno, creo que no debo decirlo –no le haría mucha gracia–, me limitaré a decir que se trataba de un carismático pez gordo del narcotráfico. Según me dijo había llamado a más de diez taxis antes que a mí y todos ellos se negaron a llevarlo debido a lo chungo de su aspecto. Acababa de salir de prisión y durante el largo trayecto hasta Coney Island estuvimos hablando de esto y de aquello –de la cárcel y de los planes de Dios y los pesares del corazón, y todo lo demás. Lo más extraño de él era que, a pesar de su preocupante aspecto y de lo descaradamente funesta de su profesión, había una verdadera poesía en el modo en que se expresaba, un maravilloso espíritu de comunicación y, la verdad sea dicha, dejando al margen el asunto de las drogas y los asesinatos, lo encontré una persona encantadora. El sentimiento pareció ser mutuo también, hasta el punto de que, al final del trayecto, cuando llegamos a su "ratonera", me invitó a que aparcase el taxi y lo acompañase a su casa (un ático en el bloque de viviendas), para presentarme a su pandilla y tomarme una copa con él en honor de mi inminente cumpleaños. Sabía que la oferta era auténtica, ya sabes, no una encerrona ni nada de eso, pero a pesar de todo decliné la invitación y él dijo que lo comprendía, luego me lanzó un billete de veinte además de los catorce del viaje –lo que tan seguro como que hay infierno que me resarcía de los otros malos momentos de la noche.

Volví derechito a la ciudad, aparqué el taxi en la calle Veintiuno y me encaminé a casa para dormir mi cumpleaños. Cuando la puerta se cerró a mis espaldas eran las 5:00 am, y yo estaba tan machacado por las complejidades propias de la vida en la ciudad que apenas percibí el tenue, misterioso olorcillo que se filtraba por la rejilla del lavabo. Supongo que me llamó la atención por un segundo o dos, aquel olor, pero me sentía cansado y me arrastré hacia la cama rogando para que el sueño me alcanzase antes del amanecer.

Apenas había dormido una o dos horas cuando –bang-bang-bang-bang- algún idiota estaba llamando a mi puerta. Saqué mi culo de la cama, abrí y allí estaba Balzora, el asqueroso viejo rumano que supervisaba mi edificio, medio borracho como era habitual en él. Vaya pedazo de mierda que estaba hecho, Balzora. Excepto por la rara contradicción que suponía el mono de trabajador que llevaba siempre puesto, era la viva imagen del Conde Drácula, y desprendía exactamente la misma calidez y el mismo encanto que aquella sanguijuela. Gruñó algo sobre la necesidad de usar mi teléfono, luego lo descolgó, antes de que yo hubiese encontrado algún objeto apropiado para estrellárselo en la cara. Marcó y preguntó por el tipo que era el dueño del edificio, lo que significaba, pensé, que algo malo había sucedido.

Se limpiaba la roña de las uñas cuando un instante después se puso el gran jefe.

“Mr. Jakobsen” –murmuró Balzora–. “Smolynski. Tercero A. Muerto”.

Se calló por un segundo, luego adoptó un tono hosco y aburrido típico en él: “¿Me pregunta qué es lo que quiero decir con muerto? Pues me refiero a muerto. Lo bastante para hacer que todo el edificio apeste, quizá cuatro días muerto. A eso me refiero. Así que, a ver, ¿llamo a la poli? ¿O prefiere verlo usted mismo?”

Creo que Jakobsen no debía estar al tanto del pequeño secreto de Smolynsky, porque tan pronto como Balzora colgó el teléfono los policías y los enfermeros que había llamado comenzaron a golpear la puerta de abajo. Sin duda el señor porquero pensó que cuanto antes se llevaran el cadáver, antes podría subir el alquiler y comprarse uno de esos asquerosos trajes suyos o algo así. Poco podía sospechar él lo que se escondía en ese sórdido cuartucho.

Smolynsky aparentemente había muerto en soledad, unos días antes, muerte natural dijeron, como si la muerte pudiese ser vista alguna vez como algo natural. De acuerdo con lo que me dijo el único de los policías que se dignó a hablarme, Smolynsky no había dejado ninguna nota, no tenía parientes o herederos, y lo más probable era que fuese enterrado en una fosa común en alguna de esas tenebrosas pequeñas islas que hay en medio del East River.

El olor en el pasillo era ya bastante malo, pero dentro de su apartamento casi te derribaba, por lo que apresuradamente levantaron lo que quedaba del cuerpo de mi anciano amigo, ligero como una pluma, ya metido en una bolsa negra cerrada con cremallera, bajándolo a trompicones por las escaleras y depositándolo en la parte de atrás de la furgoneta.

En rápida sucesión, después de que la primera patrulla de polis apareciera en escena, llegó un confuso contingente de miembros del servicio municipal de salud y de supervisores, seguidos por una bandada de buitres con uniformes azules y la palabra OFICIAL estampada en sus espaldas. Se desarrolló un protocolo en el que cada una de las personas que iba apareciendo indefectiblemente se llevaba un pañuelito a la cara, al viejo estilo de los bandidos. Luego, cortesía de un poli veterano que había tenido la previsión de traer un frasquito de Vicks Vapo-rub, se pusieron un poco en el pañuelo y sobre el labio superior y la nariz, con objeto de atenuar el hedor a muerte.

Finalmente llegaron dos tipos con gafas y aspecto de profesores, embuchados en traje de tweed y corbata, que parecían completamente confusos y fuera de lugar allí dentro. En aquella pocilga portorriqueña eran como extraterrestres de color verde oficiando una misa pentecostal (¿puedes imaginarlo, por cierto? E.T., de pie en el altar, chillando "¡Desciende a nosotros Jesús!").

Resulta que el pringado de Smolynsky, ese encantador muerto de hambre condenado durante toda su vida a la tarea de reparar viejos violines, había tenido después de todo algunas propiedades: Stradivarius. Uno lo había donado a un museo después se supo luego, y un segundo fue hallado así de buenas a primeras bajo la misma cama donde había muerto. Y los dos tipos con pinta de profesores eran de hecho y por lo visto expertos en la materia, enviados por Sotheby's o alguna de estas tiendas de lujo. Se apoderaron del sospechoso objeto sacándolo de debajo de la cama y procedieron a estudiarlo con detenimiento y circunspección. Luego, cuando certificaron que quizá era realmente lo que pensaban que era,

sonrieron y se felicitaron mutuamente. Buen tanto, parecían decirse, no ha estado nada mal.

No pude sino imaginar en ese momento al pobre viejo Smolynsky siendo depositado en una fría fosa común. Estas son las ironías de la vida, pensé. Cualquiera podrá decírtelo.

No podría asegurarlo, pero me inclino a pensar que dado lo rápido que esos buitres aparecieron en escena debían tener el ojo puesto en Smolynsky desde hacía tiempo, y que sólo estaban esperando el momento en que la espichase para lanzarse sobre él en busca de algún otro de esos increíblemente mágicos instrumentos musicales. Lo digo porque tan pronto como se llevaron su cuerpo procedieron a desmantelar, pieza por pieza, todo el tugurio. Y no fue cosa de una hora, te lo aseguro. El apartamento no era grande –unas dos veces el tamaño de mi cueva–, pero de una pared a otra, y del techo al suelo, se encontraba abarrotado de basura en estado de descomposición.

Sin haber estado nunca allí, me invadió la tristeza por lo que tuve ocasión de ver y observar desde la puerta de mi habitación. Habían echado la puerta abajo, y a través de ella podía distinguirse un estrecho pasillo que iba de la entrada al cuarto de baño, la pequeña cocina, y el miserable hueco para la cama donde había sido hallado muerto. Cualquier otro lugar en el apartamento parecía una pesadilla, montañas de inidentificable basura en estado de descomposición, un montón sobre otro de cajas repletas de maltrechos instrumentos musicales.

Durante sus excavaciones, a lo largo de la mañana, esas hienas en traje de tweed enmascaradas como viejos bandidos desenterraron toda clase de

cosas, un baúl de barco (?) lleno de pelucas rojas, doce piezas de una vajilla de cerámica inglesa y, para asombro de todos, una unidad de radar de un jet a reacción.

Yo estaba apoyado en la puerta de mi habitación, viendo cómo los expertos embalaban sus cosas, cuando el cartero apareció en las escaleras, un poco desconcertado ante el espectáculo. Le dije que Smolynsky había muerto y se encogió de hombros sin más, probablemente aliviado de tener una parada menos en su ruta. Me preguntó mi nombre, y cuando se lo dije me entregó una de esas notificaciones que te dan en Nueva York cuando alguien te envía por correo algo más grande que una lata de comida de gato. Es un papelito amarillo que te invita a recoger un paquete del almacén de correos. Sonreí. Era mi cumpleaños, y alguien, en algún lugar, se había acordado. Después de cómo había discurrido la mañana, con el turno de noche en el cementerio rodante, sin dormir apenas, luego la muerte de mi amigo, sólo podía agradecer desde lo más profundo la pequeña bendición que había aparecido en mi camino.

O eso pensaba. Cuando vi el código postal del remitente (que figura siempre en este tipo de avisos) inmediatamente supe que, daba igual lo que contuviese el paquete, ya podía considerarlo cualquier cosa menos un regalo de la providencia. Te explico, era de Tulsa, Oklahoma, y yo no conocía un alma allí excepto un primo lejano mío a quien sólo había visto una vez, cuando yo tenía unos doce años y estaba en plena fase de kinki.

Él era un poco mayor que yo y vino de visita un otoño. Se celebraba un partido de fútbol del instituto esa noche, y a nosotros se nos ocurrió la brillante idea de ligar algo de pasta para irnos de copas, por el simple

método de apoderarnos de alguna cartera ajena. Él había estado fanfarroneando de lo fácil de era, de cómo lo hacían constantemente en Tulsa.

No parecía un mal plan, así que después del descanso nos metimos los dos bajo las tribunas, localizamos a una pobre mujer cuyo bolso descansaba a sus pies, y esperamos a que en el partido se produjese alguna buena jugada. Mientras todo el mundo saltaba gritando, le echó mano rápidamente y escapamos corriendo de allí. Todo hubiera ido bien (para nosotros, se entiende) de no ser porque mi primo era un puto desgraciado nato, y al tratar de saltar la valla de seguridad al final del estadio se le enganchó un pie, se cayó de cabeza y se rompió el brazo. Había cuatro dólares dentro del bolso. En cualquier caso, cuando lo llevé a casa y más tarde al hospital no dije una palabra a nadie de los detalles del asunto. A mi tía le solté que habíamos estado subiendo a los árboles a coger manzanas, o alguna inocente bola por el estilo, y mi primo por lo visto debió sentir que estaba en deuda conmigo por ello.

Una vez adulto había terminado convirtiéndose en ese clásico colgado embarazoso que nos han asignado a todos (de hecho, así es como había terminado llamándolo para mí, “el colgado de mi primo”), y cumplía sentencia de por vida como guardia de seguridad en un centro comercial por ahí fuera, en algún perdido de la mano de Dios, mesándose su bigotillo con sus dedos gordezuelos, casi podía verlo, y cada dos años o así, aunque no teníamos ningún recuerdo en común excepto aquel lamentable intento de delito adolescente, se acordaba de mi cumpleaños y me remitía alguna increíblemente turbadora prenda, como un suéter de poliéster con Leroy Neiman pintado en él, o una chaqueta de plástico con cremalleras en los

codos que ni Dios sabe qué utilidad tenían allí. Mi Primo Colgado era un genuino animal de engorde en la cadena alimenticia de la moda. Lo que es peor: invariablemente y siempre en el momento más inoportuno, pasado el trance del regalo, acababa telefoneándome, y me obligaba a escuchar su voz repulsiva y su jadeo ahogado, preguntándome si me había gustado el regalo. Yo tenía que mentir y darle las gracias, gesto que por supuesto provocaba que el espantoso ciclo volviese a empezar.

Los regalos desataban un infierno de confusión en mi cabeza. Quiero decir, ni siquiera podía adivinar de qué iban. ¿Constituían una muestra de agradecimiento por mi complicidad en lo que seguramente había llegado a ser uno de los momentos más excitantes de su miserable vida? ¿Acaso se burlaba de mí? ¿O había algo más, algo patéticamente siniestro en todo ello, como por ejemplo que le gustaba jugar a ser Dios conmigo rehaciéndome a su imagen y semejanza? Era algo imposible de saber, y siempre que volvía a enviarme algo se reavivaba en mi imaginación ese horrible misterio. Era lo mismo siempre, y esta vez no iba a ser diferente: abriría el paquete con aprensión, luego lo metería en el armario, y luego aprensión y vergüenza de nuevo cada vez que lo entreviese entre mis ropas. Por qué no me libraba de esos regalos en cuanto los recibía es algo que no entiendo. Nada me lo impedía, pero allí se quedaban todos. Los guardaba durante años. Algunas veces sabes que debes hacer algo, sabes que tienes todo el derecho del mundo a hacerlo, pero no lo haces. ¿Por qué? Es como si unas fuerzas invisibles se apoderaran de tus brazos, obligándote a cumplir sus designios.

Así que ahí estaba yo de nuevo mirando su código postal. Sólo la visión de su garabato ya me daba ganas de blasfemar porque, por primera vez en

años, mi armario estaba libre de sus injurias. (Yo había abandonado casi todas mis cosas, dejándolas atrás amontonadas en una pila sobre el suelo de la casa donde vivía, antes de dirigirme al norte). En mi imaginación ya veía todo el espantoso círculo vicioso girando de nuevo, la crispación, la perplejidad, y estuve a punto de mandarlo todo al infierno. Quiero decir, no recoger el paquete sencillamente. Dejar que algún otro lidiara con ello.

Ese fue mi primer impulso y aun así, momentos después, me encontraba subiendo por la Avenida B con el papelito de mi primo el colgado en el bolsillo, derecho a la oficina de correos. Por dos veces me paré, demasiado furioso conmigo mismo como para continuar, decidido a dar la vuelta y volver a casa, y por dos veces aquellas malditas fuerzas invisibles me hicieron reanudar el paso. Finalmente, me recordé a mí mismo que si para algo había emprendido mi éxodo a Nueva York era para cooperar con lo que no podía ver pero sí sentir, en vez de luchar contra ello y estropearlo todo todavía más, como había hecho siempre a lo largo de mi vida. El problema era –y esto lo había aprendido del peor modo posible– que cada vez que intentas razonar con las fuerzas invisibles, las reglas son diferentes. No tienen lógica alguna. La experiencia es algo superfluo. Tienes que confiar en tu instinto, pero ¿cuándo puede estar uno seguro de que una sensación viene del instinto y no de otro sitio?

La oficina postal era el típico gigante de piedra y eficacia administrativa. Pasé por el tradicional laberinto de amables indicaciones durante unos cuarenta minutos o así y finalmente entregué al empleado el papelito. Le echó una mirada fugaz y luego se alejó arrastrando los pies, dejándome allí de pie junto a la ventana, absorto en la contemplación de las filas y filas de cajas que esperaban ser reclamadas.

Cuando volvió, depositó mi paquete sobre el mármol gastado del mostrador. Distinguí el remite de mi primo y sentí un pequeño nudo en la garganta, porque las proporciones del paquete coincidían aproximadamente con el tamaño de una de esas cajas que te dan cuando compras una camisa de regalo en unos grandes almacenes. Creo que me perdí un poco en mis pensamientos, tratando de adivinar qué contendría esta vez, porque el empleado se aclaró la garganta y dijo: "Tiene que firmar aquí".

Justo a la izquierda de las puertas principales habían situado la inevitable papelera. Me detuve, salí de la cola de gente y la miré por unos instantes. Extrañamente, la ranura del cubo era del tamaño exacto del paquete que tenía en mis manos. ¿Parece una locura que esa coincidencia en las proporciones físicas creara en mi mente la impresión de designio, y que de repente me viera a mí mismo metiendo la caja en el cubo? Ya había introducido la mitad cuando algo hizo que me detuviera, y en un instante mi mente se vio anegada de preguntas sin sentido, tales como: ¿estará este impulso mío por deshacerme del paquete, provocado por las fuerzas invisibles? ¿O serán una consecuencia de mi resistencia a ellas? Recordé lo que dice la Biblia: si tu ojo te escandaliza, arráncatelo y arrójalo lejos. Bueno, pensé, ¿no existe acaso una íntima relación entre la ropa y el hecho de mirar?

Ante mí veía el paquete de mi primo, congelado en un instante del tiempo y el espacio, la mitad de él todavía en mi mundo y la otra mitad ya fuera de él. Parecía fácil, una pequeña, concisa y sabia solución a todo, un simple problema de física a fin de cuentas: propulsaba algo de fuerza con mi brazo, cuidadosamente, y me libraba de la carga –luego me lavaría las

manos, como el señor Poncio Pilato hizo con el pobre condenado Jesús. Pues mira, aun deseando hacer eso, en vez de empujar el paquete acabé cogiéndolo otra vez.

Luego, como si las fuerzas invisibles me dieran empellones por atrás, salí dando tumbos de la oficina de correos y me interné en la multitud que recorría las calles, todavía en posesión del regalo de cumpleaños de mi primo el colgado. Lleno de confusión, furioso conmigo mismo, di unos pocos pasos en dirección a casa y en ese momento empecé a distinguir, delante de mí, el familiar color naranja de las incontables papeleras de Nueva York. Enfilé hacia una de ellas, extendiendo los brazos con el paquete hasta situarlo justo sobre el agujero pero cuando llegó el momento de la verdad, de nuevo, mis manos fueron incapaces de soltar el maldito objeto.

Reanudé el paso, esta vez ya seriamente perplejo por mis actos, y vi cómo una gran nube negra de curiosidad se formaba en el cielo de mi mente. ¿Qué habría dentro del paquete para que las fuerzas invisibles me hicieran todo esto? Nunca me había ocurrido algo así antes, y de pronto me pregunté si es que no contendría algo muy diferente a lo que yo anticipaba con tan mala fe, algún tesoro oculto, del estilo del precioso violín que esos tipos habían encontrado en el apartamento del escuálido Smolynsky. Tal vez era todo una prueba, tal vez la lección que yo debía aprender es que, a veces, una maldición puede volverse una bendición. ¿Acaso era eso lo que las fuerzas invisibles querían enseñarme?

Sólo había una forma de descubrirlo. Me senté en un portal, respiré hondo y procedí a desenvolverlo con cuidado, como si hubiese alguna trampa o una bomba dentro, esperando ser detonada. Al retirar el papel postal

marrón que lo cubría descubrí, para mi sorpresa, que no explotaba, sino que detrás de ese apagado color emergía una luminosa y extraña envoltura naranja, de tonos metálicos y brillantes, con un diseño de pequeños diamantes como escamas de serpiente. El lazo era un brillante girasol amarillo, y parecía hecho de alguna clase de fina seda. Yo estaba esperanzado… felizmente sorprendido. Mi primo el colgado nunca se había molestado en envolver ninguno de los regalos anteriores. La confianza inundó mis pensamientos, como un rayo de sol filtrándose por entre las grietas de una sórdida celda. Retiré el último resto de envoltorio marrón y vi que era, sin la menor duda, el más bonito papel de envolver que mis ojos habían contemplado jamás. Lo sostuve frente a mí y me demoré en sus colores, que vistos todos juntos parecían latir y resplandecer como generados por alguna fuente de luz interior. Retiré con cuidado el cordel de la tapa, para no dañar el papel, apartando el brillante envoltorio. Tras él, encontré no la típica caja de cartón en que suelen venir las camisas de fantasía, sino una especie de reliquia de luminoso color aguamarina, con incrustaciones de oro en los bordes.

Tiré suavemente de la tapa, retirándola y depositándola con cuidado en el portal, a mi lado. Dentro de la caja el misterioso regalo yacía todavía oculto, disimulado bajo capas de diáfano papel, unos de pálido tono amarillo, otros de un tamizado verde muy sutil. Por entonces estaba yo tan fascinado por la belleza del envoltorio que casi esperaba que lo que contenía, lo que quiera que fuese, levitase a mi alrededor como alguna especie de mágica ave del paraíso. Contuve mi respiración, retirando el papel y para mi sorpresa lo que encontré no fue la redención, sino exactamente lo que había estado temiendo y todavía peor, porque dentro de la preciosa caja se hallaba la camisa más fea del mundo.

Para ser justos, llamar fea a esta camisa hubiera constituido una criminal ofensa al mundo de lo feo: era un horroroso desfile de cuadros rosas y púrpuras y verdes y marrones, cruzados entre sí como si fueran una rejilla psicótica, con un pequeño y ajustado cuello de los que se abotonan a la misma camisa (la clase de convención típica de clase media que odio). Y lo que es peor, dibujado en el bolsillo estaba el símbolo del romanticismo más patético: un unicornio (¡rosa!), lo último, si es que faltaba algo, para determinar definitivamente que estaba ante la camisa más fea de la Creación. La observé sin poder dar crédito, preguntándome cómo algo así podía haber salido de una caja tan bonita. Pero así es la vida, ¿no? montones de preciosas cajas, pero demasiado a menudo conteniendo desagradables regalos, más feos cuanto más bonitos son los envoltorios (echa un vistazo a mi archivo de ex-novias). ¿Era pues esto lo que las fuerzas invisibles trataban de mostrarme?

Creo que puedo decir que hay en mí un pequeño hálito de perversión merodeando por entre las sombras de mi mente, porque incluso aunque sabía y era consciente de que estaba mirando esa repelente cosa, notaba que no podía apartar mis ojos de ella. De hecho, encontraba algo repugnantemente seductor en ello. Una especie de cualidad fascinante, una atracción visual tan intensa que de alguna manera me perdí, como suelo hacer a veces, ya sabes, en la buhardilla. Lo siguiente que recuerdo es notar que caminaba con paso de zombi por la avenida A, hacia mi casa, sosteniendo aquella maldita caja frente a mí con los brazos extendidos, como si contuviera un gato muerto.

“¡Mira por donde vas, pirao!”. Una voz me sacó de mi trance. Había tropezado con una chavala, arrancándole casi los pendientes con el golpe.

Por suerte escuchar el sonido de su voz gritándome interrumpió la espiral de pensamientos en un momento propicio, recordándome lo que me había hecho observar a mí mismo en ese instante: que lo que para mí era la camisa más fea del mundo, para otra persona, quién sabe, podía no serlo. Para otra persona podía ser tal vez una cosa bonita. El destino quiso que, mientras daba vueltas a esto, me encontrara cruzando hacia el sur por la Avenida A, pasada la Décima junto al norte del parque Tompkins, lugar de infausto recuerdo para muchos, campamento de borrachos y consumidores de crack, de posesos y desposeídos, un penoso erial cubierto de mierda de perro, árboles agonizantes y alambradas de hierro, atestado de vagabundos y almas perdidas que –ahora reparaba en ello– compartían una característica común: su viejo, destrozado y apestoso calzado.

Mientras tanto por supuesto seguía caminando con la caja en la mano. Intenté racionalizar por qué no podía librarme de la maldita cosa. Todavía tenía puesta la etiqueta, tal vez se debía a eso. Era una camisa nueva y constituía un pecado tirar algo así de esa manera. Me dije a mí mismo: "Es debido a que creciste pobre, Jim, ¡es la marca de la pobreza! Crees que es un pecado tirar las cosas, incluso si se trata de una cosa tan mala para ti como esta". Lo cierto es que una especie de hechizo había sido arrojado sobre mí, un hechizo de las fuerzas invisibles.

"Si tu ojo te escandaliza, arráncatelo y tíralo lejos". Otra vez el mandato bíblico llegaba resonando desde el fondo de mis pensamientos, como una visceral admonición del mismo Juan Bautista. Tuve la diáfana impresión de que si seguía conservando esa abominación por más tiempo algo malo iba a sucederme. Había algo muy chungo en el paquete; algo intrínsecamente

malvado y yo tenía que escapar de ello como fuera. Seguí subiendo la calle y busqué alguna otra papelera. Decidí vaciar mi mente de cualquier idea, vaciarla simplemente, que funcionase como una máquina. La caja iba a la papelera. Era un hecho mecánico.

Entonces pensé que puesto que estaba claro que lo que pasaba con esta camisa superaba mis cálculos, y que todas las consecuencias iban a caer sobre mí si hacía con ella algo inapropiado (por ejemplo, tirarla a una papelera), quizá el propósito de este conflicto con las fuerzas invisibles se resolvería entregándola a alguien del parque, algún pobre espíritu desmoralizado que necesitara un pequeño gesto de amabilidad para seguir adelante. Podía acercarme a uno y decirle, "Aquí tiene amigo, un regalo… gentileza de la fuerzas invisibles". Su rostro se iluminaría de gratitud y ese sería mi regalo de cumpleaños, mi maldición se convertiría en una bendición, y en vez de la crispación eterna, una cálida y cristalina sensación de paz me invadiría cada vez que respirase, por haber arrojado un poco de luz en alguna existencia de miseria y oscuridad.

Armado con esta resolución me encaminé hacia el parque a grandes zancadas, observando los rostros en la miríada de desgraciados que daban vueltas cubiertos de harapos. Estudié cada uno de esos ruinosos semblantes, intentando adivinar hacia cuál de ellos me iban a guiar las fuerzas invisibles; ese vagabundo especial, cuya vida de miseria y confusión sólo necesitaba una camisa para ser colocada de nuevo en el camino de la redención.

Me crucé con un borracho de mirada inquietante y pelo entrecano con el que recordaba haber mantenido una penosa conversación un par de semanas antes. Un veterano del Vietnam, ahora un espíritu destruido, que

reclamaba haber sido amigo de Jack Kerouac y que en ese momento no parecía otra cosa sino un montón de andrajos durmiendo sobre uno de los bancos del parque… Al pasar junto a él allí estuve tentado a dejarle la camisa sin que se diera cuenta, para que al despertar la encontrara y se admirara así del misterio. Pero a las fuerzas invisibles no debió gustarles la idea, así que seguí andando, adentrándome más y más profundamente en el parque, buscando a aquel a quien la camisa estaba destinada.

Treinta minutos después de estar paseando por delante de enclaves de punks, borrachos tambaleantes, esquizofrénicos y yonkis, lo encontré por fin, escondido en una sombría esquina frente a la Avenida B: un viejo vagabundo flacucho, como una versión algo más joven e inquietante de Smolynsky. Estaba sentado en un banco del parque, medio abrazado a sí mismo en una especie de balanceo mientras movía un cigarrillo dentro y fuera de su boca. Había algo ladino en él, una impresión de chifladura que me gustó, y puesto que por lo que podía calcular era más o menos de mi alzada, y la camisa que llevaba puesta mostraba visibles agujeros, y siendo ese día de marzo bastante fresco, demasiado fresco para lo que llevaba puesto, pensé que las piezas del puzzle finalmente habían caído en su justo lugar; así que me aproximé a él y a pesar de que pareció totalmente indiferente a mi intromisión dentro de la esfera de sus competencias, procedí a endilgarle sin más demora mi discurso. Le tendí la caja y dije:

“Ahí tiene amigo, un regalo… gentileza de las fuerzas invisibles”.

Me sorprendió su mirada cuando, tras unos instantes, levantó sus ojos y los fijó en los míos. Mi comentario no parecía haberle turbado lo más mínimo. Sus ojos eran muy claros, y mientras me miraba comencé a tener

la impresión de que estaba viendo en mí cosas que yo ni siquiera podía imaginar.

Después de un rato, pestañeó y dijo, “Repite eso, por favor”. No hizo ningún gesto de tomar el paquete.

“Que repita qué”, contesté confundido.

“Lo que acabas de decir. Repítelo”

“Oh”, dije. “Este regalo es para usted. Es de parte de… las fuerzas invisibles”

Negó con la cabeza, reflexionando sobre ello. “No, eso no es lo que has dicho. Lo que has dicho es, ‘Ahí tiene amigo, un regalo… gentileza de las fuerzas invisibles’”.

“Bueno, es casi lo mismo, ¿no?”, dije. Ahí estaba yo discutiendo de semántica con un vagabundo.

“No, no lo es”, dijo enfáticamente, y con esas comenzó a balancearse de nuevo y a mirar a la lejanía.

Desde luego, cuando yo había estado imaginando ese intercambio de cuento de hadas no podía esperarme esto. En mi previsiones, la cosa no podía tener fisuras, todo debía consistir en un guiño de ojo antes de que él tomara el regalo estrechándolo feliz contra su pecho, desapareciendo yo luego entre la multitud, como el Llanero Solitario que deja tras sí su bala de plata. Pero este extraño viejo estaba escribiendo su propia versión de la historia.

Me pregunté si es que acaso no lo había tentado lo suficiente, así que volví a alargarle la caja.

“Es una camisa señor. Una camisa nueva”, dije, haciendo gestos hacia ella con la cabeza y una falsa sonrisa en mi cara, gestos destinados a hacerle comprender que ese era el momento en que él debía cogerla.

Pero no la cogió. En vez de ello volvió a dirigirme una mirada desconcertante, sin decir nada, luego la apartó y suspiró. Se pasó la mano por su pelo entrecano y cortado al rape, en apariencia reflexionando todavía sobre mi oferta. Giró de nuevo la cabeza hacia mí y pareció a punto de decir algo, luego consideró la caja otra vez, se inclinó como si por fin hubiera accedido y dijo: “Vamos a echarle un vistazo”.

“Un vistazo a qué”.

“A la camisa. Vamos a echar un vistazo a esa camisa que me envían las ‘fuerzas invisibles’”.

Empecé a reírme en silencio, con amargura, a reírme para mí, no para que él pudiese oírme. La historia de mi vida, intentando hacer lo correcto y al final arruinándolo siempre todo. Por un instante me sentí como si estuviese flotando por encima de aquel banco, contemplando toda la escena desde arriba, a mí mismo, en el momento de alargarle la caja como si fuera un triste y atrofiado pene.

Después de un largo silencio, dijo con mucha calma. “Venga. Vamos a echarle un vistazo. No tengo todo el día”.

Me senté junto a él en el banco, desatando la caja e intentando que reparara en el envoltorio, en el papel de regalo, pero cuando acabé de retirarlos y le enseñé la camisa se encogió sobre sí mismo, luego pareció recomponerse un poco pero comenzó de nuevo a mecerse, nerviosamente, como si estuviese un poco afectado por lo que había visto. Después de un rato se atusó el pelo y dijo, “No quiero esa camisa”.

“¿Por qué no?”

“Porque, hijo, eso no es una camisa, es una abominación. Ahora vete. Y si las ves, dales recuerdos míos también a las fuerzas invisibles”.

Por supuesto es algo delicado ser desairado por un vagabundo, y en nueve de diez casos seguro que hubiese tenido unas palabras con él; pero en este, ¿cómo podía culparle? Joder, yo estaba de acuerdo, era una abominación –la camisa más fea del mundo. Los dos lo sabíamos y por consiguiente yo no tenía derecho a discutírselo. Habiéndose mostrado tan seco, volví a recoger del paquete y me alejé hacia el parque, reanudando mi búsqueda, preguntándome si habría alguien allí tan hecho polvo, tan desesperado como para hacerse cargo de algo tan inmundo como la abominable camisa de mi primo el colgado.

Había caminado unos treinta metros, alejándome de él, cuando escuché que me llamaba. “Hey tú. Hombre de camisa. Ven aquí”. Me volví y lo miré. Me hizo un gesto, con semblante grave. “Ven aquí”, dijo. “Quiero preguntarte algo sobre esa camisa”.

Bueno, tal vez me había equivocado. Tal vez tenía intención de quedársela después de todo. Tal vez esa primera parte, ser desairado por un maldito

vagabundo, tal vez era una prueba de mi fe por parte de las fuerzas invisibles. ¿La había superado? Pero, ¿es había un Dios que se dedicaba a putear a la gente de esta manera? Recordé una historia de León Tolstoi que leí una vez, titulada: “Dios Escucha Nuestras Oraciones Y Calla”. Vaya que si era así.

Regresé al banco y él por supuesto me ignoró, de nuevo con el numerito de quedarse mirando a la lejanía, con el balanceo y esa especie de tic con el cigarrillo. Permanecí allí de pie durante un rato con la caja en mis manos, y finalmente le pregunté, “Bueno, qué”

“Qué de qué”, contestó, sin tomarse siquiera la molestia de mirarme.

“Que… he vuelto”

“Así que has vuelto”, dijo, dirigiendo su aliento hacia un lado de mi cabeza.

“Dijo que quería preguntarme algo”

“Sí”

“¿Y bien?”

Hizo un gesto hacia la camisa. “¿De qué talla es?”. Suspiré, abrí la caja y miré la etiqueta. Era extra-larga. Le enseñé la etiqueta. La estudió atentamente y luego hizo una mueca de que no. “No quiero esa camisa”.

“No quiere la camisa”, dije, un poco mosqueado.

“No, no es de mi talla”

Me volví para irme.

“Buena suerte para ti y para tu camisa. Mis mejores recuerdos para las fuerzas invisibles”, dijo casi alegremente. Y me fui.

Había caminado otra vez unos treinta metros cuando escuché: “¡Hey tú! Hombre de la camisa. Ven aquí”. Me giré y lo miré. Él pudo ver que me mostraba reluctante a ser su bufón de nuevo, así que comenzó a gesticular con sus brazos, con afecto burlón.

“Vuelve, vuelve. Es importante. Urgente. ¡Vuelve!”

Naturalmente yo no sentía muchos deseos de volver pero, como todo en aquel día, acabé haciéndolo.

Esta vez estuvo mirándome fijamente por un largo rato, como si hubiese decidido algo importante y tratara de encontrar alguna clase de confirmación al respecto. Se echó hacia delante y lanzó una especie de silbido, “La camisa. Esa tan espantosa que me has enseñado. ¿Es de manga larga o de manga corta?”

Me senté en el banco y la saqué. Era una camisa de manga larga. “No la quiero”.

“¿No quiere usted la camisa?”, dije, con la voz un poco tensa. “Hace fresco aquí. Una camisa de manga larga sería mucho mejor que esa que lleva usted puesta”.

“No, no lo sería”, replicó con seguridad.

“Usted mismo. Pero esta camisa es mejor que la que lleva puesta. Se va a arrepentir de no haber cogido esta camisa”. Me levanté enfadado. Empecé a recorrer los treinta metros a grandes zancadas esperando que me llamase otra vez, pero no lo hizo… no al menos hasta recorrer una distancia en la que pensé que casi no podría oírlo.

“Hey! Hombre de la camisa. ¡Vuelve! ¡Hey! ¡Vuelve! ¡Tengo una pregunta para ti!”

De repente, aunque era lo último que esperaba hacer en ese momento, empecé a reírme. Ahora estaba todo claro para mí. Se trataba de un agente de las fuerzas invisibles, y sólo estaba jugando. Había tardado en comprenderlo y por eso se estaba quedando conmigo. Di la vuelta y regresé, preguntándome simultáneamente cómo iba a reaccionar yo esta vez y qué era lo que iba a preguntarme sobre la camisa.

“¿Es un caballo, o un unicornio lo que lleva en el bolsillo?”, me preguntó. Ahora podía percatarme del pequeño destello burlón que brillaba al fondo de sus ojos. Le mostré la camisa. Movió la cabeza incrédulo.

“Caramba. Es un unicornio. No la quiero” dijo, posando su mirada en la lejanía, sin rastro alguno de complicidad en su cara. Me reí un poco, esperando que dijese algo más, pero siguió callado. Gran sorpresa. Le di la espalda para alejarme. “Me voy”.

“Mejor para ti”, dijo.

“Sé quién eres”, le dije, dándole a entender que sabía que era un agente de las fuerzas invisibles.

“Mejor para ti”, dijo.

A los treinta metros, exactamente a los treinta metros, me llamó: “¡Hey! Hombre de la camisa. ¡Vuelve, vuelve!”. ¿Qué más quería preguntarme?

“¿Algodón o poliéster?”

“¿Suelta o entallada?”

“¿Cosido doble o sencillo?”

“¿Cómo es exactamente el cuello de esa camisa?”

“Ese unicornio, ¿es pintado o lo han pegado ahí?”

“¿Es de tela o de plástico?”

“Las mangas, ¿son estrechas o acampanadas?”

“¿Tiene dos botones en los puños, o tres?”

Una y otra vez, yo me iba y él me pedía que volviera, haciéndome preguntas cada vez más oscuras hasta que me di cuenta de que, estando él animado por el poder de las fuerzas invisibles, era capaz de continuar así para siempre. Acabaría perdiendo yo, ya fuera en el momento de alejarme de él o bien cuando me llamase para volver, al final estaba claro que sucumbiría a la falta de sueño, o a la locura, o a una combinación de ambas cosas.

Me encontraba totalmente perdido en este laberinto de teología demencial que me había construido yo mismo cuando, para mi sorpresa, descubrí que en el lugar exacto en el que él me había llamado todas las

veces, había una papelera totalmente vacía. Exactamente ahí. Quizá no había estado ahí todo el tiempo, o puede que yo estuviera tan pendiente de su jueguecito que no me hubiera dado cuenta, pero ahí estaba ahora, y sin apenas un momento de vacilación me di la vuelta y lo llamé, le hice señas con la mano, levanté la caja en el aire y, de un modo tal que tanto el vagabundo como las fuerzas invisibles pudieran verlo bien, la dejé caer en la papelera, me di la vuelta y me fui.

Oí que me llamaba. "¡Hey! ¡Hombre de la camisa! ¡Vuelve! ¡Vuelve! ¡Tengo otra pregunta para ti!"

Su voz resonó en el parque hasta que estuve demasiado lejos como para escucharla. No fue hasta que me dirigía a mi casa que me di cuenta de que, en este juego, había terminado ganando yo, puesto que me había librado de la maldita camisa. O quizá habíamos ganado los dos. Tan pronto como llegué a mi habitación caí en un profundo y reparador sueño.

Cuando desperté había anochecido y por segunda vez ese día alguien llamaba a mi puerta. Esta vez era la mujer de Balzora, Elizabetha, una mujercita de rostro sonrosado y aspecto de querubín. Cómo había terminado con ese desgraciado era un misterio para mí. En su mano sostenía una bolsa de basura tan cargada que había tenido que apoyarla en el suelo. Me sonrió con tristeza y luego movió la cabeza hacia la puerta de Smolynsky.

"¿Eras amigo de Smolynsky?"

Asentí.

“Sé que te gusta tocar música… te he oído tocar la guitarra. Así que he pensado, pensé que tal vez, bueno, que te gustaría tener esto. Balzora lo cogió antes de que llegara la policía”

Me entregó la bolsa.

“No se lo cuentes, ¿vale? Es un secreto”.

Se alejó con pasos menudos, lanzándome una sonrisa pícara antes de desaparecer escaleras abajo.

Dentro de la bolsa de basura encontré varios arcos de violín y otras partes sueltas de instrumentos musicales, una pequeña mandolina y dos violines completos, uno de los cuales parecía haber sido rescatado del fuego. Había visto a los expertos el día anterior dirigir su linterna dentro del que encontraron, así que hice lo mismo que ellos. Dentro del violín que parecía chamuscado había una inscripción que decía “fabricado a mano en Cremona, 1763, Antonius Stradivarius”.

Como puedes imaginar no dormí demasiado esa noche. Estuve la mayor parte del tiempo sentado allí mirando el violín. Amaneció y tuve la presencia de ánimo suficiente para recordar que esa mañana tenía una cita importante con la encargada de becas en la Universidad de Nueva York, en la que había solicitado el ingreso y donde, para mi sorpresa, teniendo en cuenta que yo era un taxista que había abandonado el instituto diez años antes, había sido admitido. Ahora intentaba conseguir (léase arrancarles) una beca, porque no podía pagar lo que me pedían por las clases. Por supuesto, a la luz de los acontecimientos del día anterior, joder, ya no necesitaba su maldito dinero. No obstante decidí ir, pensando

que más tarde podría llevar el violín a que lo examinaran y me dijeran lo rico que era.

Lo recuerdo con toda claridad. Estaba sentado enfrente de la mesa de la funcionaria, la que se encargaba de gestionar las becas, y ella trataba de explicarme por qué no podían darme ningún dinero. Hablaba y hablaba, bla, bla, bla, yo me sentía cada vez más desalentado y cansado y aburrido y, finalmente, desconecté y comencé a mirar por encima de su cabeza, a la lejanía, como había hecho el mendigo del parque el día anterior. De repente, sonrió con amabilidad y me dijo: "Oh, ¿eres fan suyo también?"

Como un autómata le respondí, "¿Qué?", y ella dijo, "¿Eres fan suyo también? Yo adoro su obra".

Se giró en su silla y señaló un gran póster que había en la pared. Era de unos tres pies de largo por cuatro de alto, y no tuve la menor duda en reconocer al mendigo del parque al que había estado intentando entregar la camisa más fea del mundo.

"¿Fan suyo? ¿Por qué? ¿Quién es?"

Ella se rió y me dio un golpecito en el brazo. "Pero hombre, es el autor más grande del siglo veinte, Samuel Beckett".

"¿Samuel Beckett? Venga, hombre. ¿Ese es Samuel Beckett? Coño, estuve hablando con él ayer en el parque", le conté.

Ella rió. "Vaya, eso tiene gracia"

"No, en serio, le digo que era él"

“Eso es imposible. Creo que está muerto”.

“¿Muerto? ¿Ha muerto?”, pregunté.

“Bueno, creo que sí. No sé. Sí, estoy segura de que ha muerto”

Le conté la historia y nos reímos un rato. Tiempo después, unas dos semanas más tarde, para mi sorpresa, recibí una notificación comunicándome que se me había concedido la beca para la Universidad. Al cabo de dos o tres meses leí en el New York Newsday que Samuel Beckett, que había estado viviendo los últimos meses en Nueva York en el parque Tompkins, había enfermado seriamente, siendo trasladado a París para un tratamiento de urgencia. Murió poco después, y yo me pregunté si su muerte no habría tenido algo que ver con el hecho de verse expuesto a la camisa de mi primo el colgado. Si fue así, al menos tenemos el consuelo de saber que murió como había vivido, de manera absurda.

De modo que, ¿qué era lo que las fuerzas invisibles habían tratado de enseñarme con todo esto? O mejor aún, ¿qué es lo que tratan de enseñarte a ti a través de mi historia? ¿Qué enseñanza puede extraerse al conocer la maldición que me fue lanzada el día de mi cumpleaños en la forma de una camisa fea, la cual misteriosamente se transformó en la bendición del encuentro con una de las mentes más lúcidas del siglo veinte? ¿Fue una suerte que mi primo el colgado me regalase la camisa? Así lo parece. ¿Hubiese obtenido esa beca para la Universidad si mi primo el colgado se hubiera olvidado de que era mi cumpleaños, o me hubiese enviado otra cosa como por ejemplo una botella de colonia barata en vez de la camisa? No hay forma de saberlo.

Las bendiciones vienen disfrazadas de maldiciones, y las maldiciones de bendiciones. Una vez un amigo mío regresó a casa y se encontró con que le habían construido un nuevo y flamante tejado. Desconcertado, le preguntó a los albañiles, que en ese momento acababan de terminar, y sólo entonces se dieron cuenta de que se habían equivocado de casa. Mi amigo consiguió un tejado de 4,000 dólares gratis. ¿Era un tipo afortunado? Una semana más tarde lo atropelló un camión y lo mató. Tenía 37 años. Sólo podemos estar seguros de una cosa: mientras vives no puedes ser consciente de lo que tienes. Sólo cuando lo pierdes estás seguro del valor de lo que tenías. Pero ¿de qué nos sirve entonces?

Probablemente te estás preguntando acerca del Stradivarius. Era, por supuesto, una imitación sin ningún valor. Bendiciones y maldiciones, maldiciones y bendiciones. Una y otra vez, por siempre jamás. Amén.

FIN



SUPERWHITE!/ WILD-EYEDTREE. $10 - THE DOUGLAS HYDE GALLERY, 2009.

BUY: https://goo.gl/CrE96X

In conjunction with art exhibit. Includes autobiographical text, Superwhite (Another True Story), and previously unreleased lyrics by Jim White. Also included are images of the exhibition and photographs by Jim White. Recipient of 2014 Pushcart Prize for short fiction story Superwhite, published in Radio Silence.

DISCOGRAPHY

1997: **Wrong-Eyed Jesus** (The Mysterious Tale of How I Shouted)

2001: **No Such Place**

2004: **Drill a Hole in That Substrate and Tell Me What You See**

2005: Jim White Presents **Music from** Searching for the Wrong-Eyed Jesus

2006: **Hellwood** (Jim White, Johnny Dowd, Willie B) Chainsaw of Life

2007: **Transnormal Skiperoo**

2012: **Where It Hits You**

2015: Jim White v.s The Packway Handle Band (Jim White, Packway Handle Band) **Take It Like A Man**

FILMS

2004: Searching for the Wrong-Eyed Jesus

Visual Art Exhibits

"Deep Fried Ephemera", The Douglas Hyde Gallery, Dublin, Ireland 4 July – 18 August 2009

"Winter at SECCA" Southeastern Center for Contemporary Art, Winston-Salem, NC

Also participated in inaugural "Crossroads" series, performing with The South Memphis String Band, Feb. 19, 2011

"Scrapbook of a Fringe Dweller" Ogden Museum of Southern Art, New Orleans LA, Oct.7-Dec. 15 2013



LIVES HERE:

http://www.jimwhite.net/